

Ministerio de Educación Ciencia y Tecnología
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente

Ser maestro ¿vale la pena?

Por Carina Rattero.

¿Ser maestro vale la pena? Una pregunta impertinente. Tal vez no del todo ociosa, si es que pensamos que ser maestro, todavía, vale *la pena*. Aun cuando concite entre docentes la inmediatez de una respuesta.... ¿Se puede pensar o decir algo nuevo?

Mientras los humanos sigamos vinculándonos en la trabajosa tarea de *vivir- educando*... Ese enigma mudo de lo que está ahí, esas presencias y miradas que nos sumen simultáneamente en la perplejidad y el deslumbramiento. Esos vacíos nos impulsan a inventar y construir...

Entre pena (res) y valías, ¿vale la pena?

Exploremos sentidos... **Pena** significa cuidado, dificultad, trabajo, aflicción, dolor, tormento... Veamos si vale. Y compartirán conmigo, depende. Depende de cuál y cuánta pena.... ¿Es necesario *penar* para enseñar? (si tomamos pena como trabajo, cuidado, dificultad...es una cosa. Si es tormento, dolor o sacrificio es otro cantar...).

Valer en uno de los sentidos posibles, es producir, **dar ganancias o interés**... Lo que invierto y lo que gano...Términos del mercado. Se venden y compran mercancías, bienes de consumo. Pero esta idea mercantilista no va en el sentido que quisiera proponerles pensar la educación: como derecho, necesidad, donación y posibilidad. Espacio de invención de mundos y de construcción de lo común.

También *pena* como inversión... ¿Vale *la pena* que me arriesgue?, ¿vale *la pena* la constancia?, ¿vale la insistencia, la apuesta, la espera...? Vale.

Vale, lo que tiene valor y valía. Interesante pensar el valor de lo que es

valioso en educación (y no meramente útil). Lo que tiene valía... ¿Qué es lo valioso? Un tesoro, aquello a ser preservado en la cultura, a ser transmitido. "Se trans-miten el fuego sagrado, los grandes secretos, aquello cuya preservación da a una comunidad razón de ser. Aquello que no hay derecho a olvidar ni a guardar para sí..." (Debray 1997).¹

Los chicos son valiosos. La infancia, su promesa... Y aquí es interesante "tener en cuenta lo que desafía las cuentas". Esa venida imprevisible e incalculable del otro.

Lo valioso no tiene medida. No vale ser mezquino si se es educador.² Porque cuando se trata de dar, ofrecer aquello valioso que abre el mundo a otros paisajes y colores... vale, extenderlo, contagiar. Vale la desmesura y la *abundancia en el ofrecimiento*.

Valer o valor, referido a una persona, es tener capacidad para **cuidarse por sí misma**. Un adulto es quien puede valerse por sí mismo. Es necesario cuidar de sí para cuidar a otros.

Entre otros sentidos está también: **cualidad de los valientes**... Tener la **fuerza o valor** que requiere una tarea... ¡Tamaño empresa la de educar! ¡Ambiciosa pretensión la de producir modificaciones en otros! Sin embargo, maestros y profesores somos *artistas de lo nimio*. La enormidad de una tarea, la

¹ Debray (1997) Transmitir. Manantial: Bs. As Pág. 21

²Es a Graciela Frigerio a quien debo esta enseñanza (1996-1997) fue ella quien a contrapelo de todas las políticas de ajuste educativo, nos marcó reiteradamente esta necesidad de pensar toda incompatibilidad entre amarrete y educador.

misma eternidad, va construyéndose, gesto a gesto, trabajosamente, en la fugacidad de cada instante.³

Es que la pedagogía ha sido siempre una forma de la predicación entusiasta. Sin ese entusiasmo, esa terquedad o perseverancia que nos caracteriza a los educadores, sería difícil pensar esta tarea que se concreta *en contra de la evidencia* (Alliaud, Antelo 2006). "Lo adverso es entonces el reverso mismo de su posibilidad"⁴. Educamos *a pesar de los pesares y penares* cotidianos... (*a pesar* de las condiciones, lo que resiste, no aprende, lo que no sé...). Insistimos, ¡no dejamos de enseñar!

¿Es que podríamos no hacerlo?
¿Podríamos como adultos, como sociedad dejar de enseñar? En un texto precioso, (Cartas a un joven poeta, de Rilke, 1875-1926) un joven escritor, escribe cartas a su maestro preguntando por la belleza de sus versos como condición para escribir. El viejo poeta, su maestro, le responde:

-Usted pregunta si sus versos son buenos. Me pregunta a mí, antes ha preguntado a otros (...) Ahora bien como usted me ha pedido aconsejarle, le pido que deje todo eso. Nadie le puede aconsejar ni ayudar. Nadie. Entre en sí mismo, investigue los motivos que le hacen escribir, verifique si extienden sus raíces a lo más íntimo de su corazón. Confiese si moriría si le prohibiesen escribir. Cabe en su interior esa pregunta y si la respuesta fuera: "tengo que hacerlo", construya entonces su vida de acuerdo con esta necesidad.

³ Lo nimio no es lo menor ni lo menos importante Véase Rattero, C (2006) Artistas de lo nimio. En: Revista "Giros en Educación y Sociedad". NC 7. (2007). Publicación trimestral de la Dirección de Educación Municipal de la Sec. de Cultura y Educación de la Municipalidad de Rosario.

⁴Véase Alliaud, A y Antelo; E. (2006). Grandezas y miserias de la tarea de enseñar. Mimeo.

Estableciendo las distancias necesarias entre escribir y enseñar -la enseñanza es una práctica social- si por escribir leemos *enseñar*, podríamos merodear íntima e intensamente en torno de estas palabras. Probablemente, arribaríamos a la misma respuesta: *tengo que hacerlo* (aun en las tensiones que *deber-poder ¿ y querer?* traen consigo, sus contradicciones: lo que escapa...). La difícil tarea de sostener cada día esta elección. El deseo de *estar siendo* en situaciones donde se necesita *valentía*..

¿Por qué vale la pena ser maestros?⁵

Traigo en viaje desde otras geografías, palabras en las que cabe una experiencia, un arte de la existencia, una técnica de vida: historias, apegos, razones y sinrazones por las que cada uno se deja tomar, en este modo de dar, de abrazar la vida y donar el tiempo que es ser educador.

La inquietud surgió entre docentes, en una clase en torno de Educación y pasión. Reflexionando el componente de padecimiento que conlleva toda pasión, una maestra dice que toda vez que como docente siente que *no doy más*, alguien se acerca y le dice: Seguí, vas a ver que *vale la pena*. **¿Por qué vale la pena?**

Consultados de esta manera aproximadamente ciento cincuenta maestros nos permiten pensar distintos sentidos y modos de implicación en esta apuesta. Lo que anima la tarea, aquello que alienta a seguir, y continuar...

Quizás muchos maestros no se pregunten por qué vale la pena ser maestro, sino simplemente están presentes, ejercen. Lo común, es *que un maestro enseñe* y *ésa es su valía*. Pensaba -antes de consultarles- que esto responderían. Sin embargo, ¿saben

⁵Las reflexiones en torno de esta pregunta resultan del análisis de las respuestas de 150 maestros consultados durante el año 2006, entre los que se encuentran maestros de Nivel Inicial y de EGB 1 y 2 de la provincia de Entre Ríos.

que resultó? Distintas voces confluyeron en un punto: que vale la pena ser maestro *por amor*.

En los relatos que estos maestros ofrecen de sí, la tarea docente cobra sentido por “**amor a los niños**”. “*Vale la pena más que nada por lo afectivo; es un trabajo con los afectos de los chicos con los nuestros*”. Griselda nos cuenta: -*Vale por el contacto con los niños, sus demostraciones de cariño*.

Ese amor tiene más de una forma: Aparecen cuestiones vinculadas a los sentimientos de cariño, el abrazo, la ternura, el dibujito, el reconocimiento, también el deseo de durar... Nos cuenta Sonia: -*Vale la pena por el hecho de entregarse y dar, por las caritas sonrientes, por el abrazo lleno de ternura, por la dulce caricia, por el dibujito realizado con cariño, por el “te quiero seño”*.

¿Es por amor a los niños...o por el amor recibido de esos niños que vale la pena ser maestro? ¿Amamos a todos los niños por igual? Aunque resulte inconfesable, los educadores sabemos que nuestros sentimientos hacia ellos son, a veces, bastante opuestos (¿que hacemos con lo que nos resulta insoportable: los berrinches, los olores, los mocos, los piojos...?).

La infancia esperada en la representación de escuela, -ese niño abstracto, en la serie carencia-obediencia-espera⁶- no se condice con el hormigueo viviente que hace estallar la salita de tres...!!¿Los amamos por deber?⁷ ¿Es el amor que se recita, un “deber” de todo educador?

⁶ El niño que construye la pedagogía moderna, el que supone muchas veces la escuela, es un niño pensado fundamentalmente como *inocencia* y *fragilidad*, tradicionalmente, sometido al poder de los adultos, y por esto mismo también excluido (cobijado) de los espacios reservados adultos: trabajo, sexualidad, violencia... Un niño que trastocaba su sumisión por educación y cuidados.

⁷Respecto de los afectos magisteriales, Abramowsky (2006) señala algunas cuestiones a pensar que de modo breve compartimos aquí: 1)

¿Qué historias nos contamos?

Enseñar, es establecer un vínculo con el otro, es salir de sí, hacer un viaje que nos lleva más allá de nosotros mismos. La infancia, la novedad siempre escapa a nuestro saber. Recibir y responder por cada niño supone pensar la relación pedagógica en el aprendizaje del trato productivo con las diferencias, con aquello que viene a perturbarme, que está haciendo estallar el propio saber, el propio querer.

Una maestra rionegrina, un poco perpleja (como todos lo estamos...) en su trato con las infancias, me decía el año pasado: “nos damos cuenta que *se nos quemaron los papeles*, entonces, ¿será que estos chicos que hoy llegan al jardín requieren que revisemos el modo de funcionamiento de nuestras instituciones para poder recibirlos?”

Juntos pensamos que un gesto de hospitalidad entre grandes y chicos solicita disponibilidad y apertura, una mirada y escucha atenta ante lo que, añadiendo novedad, desconcierta nuestras seguridades construidas. Leer lo que sucede dejándonos leer por esto que sucede.

no es sin amor que sucede la educación. Y entonces, inmediatamente se plantea la pregunta ¿de qué amor se trata? Porque también los amores, las formas de querer son históricas y cambiantes, reguladas por costumbres, modos de pensar y de ver el mundo. etc. 2) Pareciera que este mandato (de que un maestro sea cariñoso, ame a sus alumnos) no es tan nuevo. Ya en la Argentina del siglo XIX esto se lee en algunos textos, como en *El monitor*, en 1920, o en palabras del propio padre del aula, Sarmiento, unos años antes. 3) Podríamos suponer que para amar a los niños, debería haber niños “*queribles*”... niños que inspiren algo de ternura. Abramowsky (2006) *Un amor bien regulado*. En Frigerio y Diker (comps.) *Educación, figuras y efectos del amor*. Serie del Estante editorial. También Abramowsky, A.L. *Quererlos: un imperativo*. Esbozos para un estudio sobre los afectos magisteriales. Cuaderno de Pedagogía Rosario, Libros del Zorzal, Noviembre 2003, Año VINº11.

Ahora bien: ¿Qué ficciones construimos en y sobre la tarea? ¿qué identidades nos damos en esa imagen del amor sin fisuras? ¿*Qué historias nos contamos?* Porque en el paisaje escolar conviven también normalización, fijación, desamor, indiferencia... Los gritos, el desprecio, el rótulo, el aplazo, el tachón en el cuaderno...

No todo es altruismo edulcorado, hay también dominio, posesión, a veces, humillación. La escuela no es ajena al repertorio universal de los afectos. ¡Y en nombre del amor se dicen y se hacen barbaridades!

Sin embargo, sabemos que amar es *dejar que algo se introduzca en nuestro mundo*⁸, que venga a alterar el ritmo de las cosas. (Cuando llega el amor quedamos expuestos, tomamos un riesgo... o nos dejamos morir). Entonces hay que arreglárselas para inventar un modo de tomarlo en cuenta (Derridá 2001).⁹

¿De qué modo recibimos y hacemos sitio a la radical alteridad que el otro nos impone? ¿Cuál es el modo de ese amor para con los "nuevos"?

Los nombres de ese amor...

Enseñar es **estar atento al gesto del otro**. Es responder por él. Prestar atención a su vulnerabilidad en el plano de las necesidades vitales, de los afectos, pero también de los saberes. Enseñar es también escuchar, estar atento a la fragilidad en los conocimientos que requieren nuevas condiciones de posibilidad. Un maestro está allí donde las preguntas surgen, habilitando la palabra, ofreciendo una exigencia, un desafío al pensamiento.

Si "amar es temer por el otro, socorrerlo en su debilidad", como enseña Levinas; esa asimetría que marca la relación entre

grandes y chicos nos convoca a una ternura no desprovista de paciencia, atención y cuidado, de sufrimiento a veces, de enseñanzas, de palabras y también de silencios; tramando vínculos, haciendo lugar.

El cuidado y la contención necesaria a la infancia forman parte de la tarea de enseñar¹⁰. Si la vida necesita para crecer de la oscuridad que da la sombra, de la distancia que media entre el mundo y la hostilidad de la intemperie; los adultos nos sentimos convocados a ofrecer a los niños ese "velo protector" que permite crecer. Dice Mariana: *-A mí el asistencialismo no me va, pero no te queda otra que penar con eso. Es que los ves tan desvalidos y aunque te enojas y digas no lo voy a hacer, la infancia es más fuerte.*

El cuidado, como gesto dirigido a otro, nombra, preserva la vida, e implica reciprocidad. Porque el que cuida toma parte en esa relación. Cuidar del otro es también cuidar de sí. La caridad, en cambio, se basa en la asimetría que impone un deber o sacrificio, donde la relación con el otro se carga de instrumentalidad (Todorov, 1993).

Una docente me relata su experiencia con los chicos del jardín: En la sala de tres, desde hace un tiempo los chiquitos se muerden. Los mordiscos dejan

¹⁰Los maestros consultados hablan del *cuidado y la contención* situándolo del lado de sus *penares*, como aquello con lo que hay que lidiar/ penar en la tarea docente. Algo ajeno a su responsabilidad pero que hay que asumir. En los últimos años (desde la crisis del 2001) la cuestión del cuidado asumió centralidad en los planteos: La horizontalización de la vulnerabilidad (¿Chicos frágiles en manos de adultos frágiles ...?). La antinomia cuidado, asistencia, el cuidado como lugar de desigualdad irremediable (los "pobrecitos a cuidar" o de quienes "cuidarnos") y tantos más, son temas a pensar entre educadores. Un interesante recorrido en torno de estas cuestiones puede verse en el dossier *Cuidar enseñando* Rev. El Monitor N° 4. Revista del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.

⁸ Véase Barbagelata N.(2006) Opus Nigrum. En Frigerio y Diker (comp.) Educar, figuras y efectos del amor. Serie del Estante editorial.

⁹ Derridá, Roudinesco (2001) Y mañana qué... Fondo de Cultura Económica.

marcas dolorosas en el cuerpo, magullones morados en brazos y piernas. Recibe permanentes quejas de los papás. Entonces cuenta cómo ingenió un modo de trabajar con eso: Comenzó por solicitar a cada “mordedor” que pidiera disculpas a su compañero y además que la acompañara cuando los papás del “mordido” venían a solicitar explicaciones. Se trataba de pedir disculpas por la acción, decir por qué y cómo fue que sucedió.

Esta jardinera abre la posibilidad de reponer palabras allí donde sólo había paso al acto. Haciendo posible contar, historiar, ofrecer disculpas, ayuda a ir comprendiendo que el deseo de uno solo no hace ley, ofrece la posibilidad de aprender a con-vivir. El pedir perdón no repara el daño, pero es el acto por el cual aquel que lo causó, intenta restablecer su vínculo con el otro.

Sujetándolo al *para todos* escolar, esta maestra ofrece así un espacio para aprender los códigos de la vida en común. Algo del orden del cuidado se pone en escena en el aprendizaje: el cuidado como cultivo, del ejercicio, la idea de *comunidad* instalándose allí como noción desde el inicio de la experiencia escolar.

Una voz resuena con particular insistencia en los relatos que estos maestros ofrecen de sí: **La entrega...** *“Hoy la sociedad espera mucho de nosotras: Debemos desdoblarnos en maestras, madrinas, asistentes sociales, psicopedagogas, pediatras, mediadoras: Una suerte de ángel de la guardia permanente”.*

“Vale la pena ser maestro, por ese contacto diario con ellos, donde das más que clases, das tu vida y entregás lo que podés, para ayudarlos a enfrentar la vida.. Ese sentimiento resulta tan abrazador, tan totalizador que parece devorar vidas: “he dedicado mi vida”, “abandoné muchas veces mi familia”, “di todo, en esta escuela...” Esa devoción amorosa, lindando el sacrificio,

*sufrimiento-pasión... se tensa a veces entre la pretensión de serlo todo para el otro y la desagradable sensación de no ser nada. Una pretensión que suele llevar por el camino de la omnipotencia al desencanto.*¹¹

Conviene pensar la infinidad de sentidos que abre ese modo de estar juntos, lo que produce el vínculo entre humanos en una clase. Porque ese modo del amor que enseñando hace sitio también violenta, invade, arrasa, (un maestro es un entrometido, se mete con lo más vital del otro) y a veces también intenta dominar. Hay que reconocer, entonces, también que ese maestro que aloja, ama, cuida, asiste, enseña (y puede agobiarse de tanto!! y tanto...!!); del mismo modo que da apoyo para sostenerse, puede a veces aplastar, empequeñecer.

Un autor, J. Hossoun nos enseña que una transmisión lograda de la herencia, de la tradición, del pasado cultural ofrece una cadena de filiación en la cual reconocerse, pero también un espacio de libertad para apropiarse de esa herencia de manera propia y singular¹²...Es la que permite en algún momento desprenderse del maestro, deshacerse de él, para emprender el propio vuelo.

De un modo bellissimo Jorge Larrosa dice algo más o menos así: “Un maestro es alguien que lo conduce a uno hacia sí mismo”. Y también dice que “una bella imagen para alguien que aprende no es la de uno que se convierte en prosélito, sino alguien que se vuelve a sí mismo, y

¹¹ Alliuad y Antelo (2006) han señalado que, asumir la grandeza del proyecto de educar tiene un alto componente simbólico que a la vez que engrandece a quien lo realiza, produce sentimientos de frustración, dado que su propia magnitud lo torna imposible. La frustración que a la larga se produce conduce de este optimismo inicial “totalizador” a un pesimismo de las mismas características (op. Cit, pág. 10).

¹² Hassound, J (1996). Los contrabandistas de la memoria. Ediciones de la Flor.

encuentra su forma propia, su manera propia" (Larrosa 2000).¹³

Es decir, que un educador es quien puede soportar la **renuncia necesaria a querer serlo todo** para el niño. Si bien cada niño -en especial cuando son pequeños- espera de nosotros adultos-educadores una relación de cuidado y de responsabilidad, en el sentido de quien pueda responder por él y de él, sin embargo la sustracción (el poder, en un momento, retirarse) es también un modo necesario del amor.¹⁴ Por decirlo de un modo sencillo: soportar la renuncia necesaria a serlo todo para el otro, abre la posibilidad que contrapone la certeza de una respuesta "es así como lo dijo mi seño"; a la emergencia de una pregunta "¿y tú qué piensas?"

Entonces ese maestro que sostiene la mano y nos nombra, a su tiempo se retira, y deja espacio, no obtura la exploración de aquello que aún no sabemos nombrar, porque "maestro es el que mantiene al que busca en su rumbo, ese rumbo en que cada uno está solo en su búsqueda y en el que no deja de buscar", como enseña Jacques Ranciere. Y esto no quiere decir que nos sentemos a esperar que las cosas sucedan, como si nuestro trabajo fuera estar sólo abocados a la bella tarea de amar y contener a los niños (no sé si tan bella y armoniosa como se pinta..) sino que se trata **de ocupar allí un lugar**. Esto es ofrecer pistas, conocimientos, historias, preguntas que orienten esa búsqueda.

Los chicos lo dicen con claridad "maestro es quien te cuida y te explica otra vez si

no entendés..." Maestro, entonces, es quien narra una historia, comparte una idea, la dificultad de una resta o una multiplicación, quien ofrece un puñado de palabras para contarnos quienes somos... También, quien dejando al alcance una pregunta incita a buscar. Quien mirando asombrado las estrellas, nos incita a su misterio, dejándonos en suspenso ante el enigma del universo.

El deseo de durar...

Me cuenta Graciana, maestra de primaria en el pueblo de mi infancia: - "*¿Por qué vale la pena? La pregunta se contesta cuando ves a un ex alumno y te saluda por la calle "chau seño" agitando su mano fuertemente. Sí, todavía se acuerda de mí...*"

"*Otro alumno te dice con una sonrisa, gracias porque me ayudaste en esto.... O simplemente porque un niño te murmure, quiero tener clases con vos. O que te traigan una flor.*"

El deseo de durar, "*sí todavía se acuerda de mí...*" "*Uno enseña, pero nunca sabemos si ese alumno, después nos recordará...*" decía otra maestra en un taller, cuando alguien sumó su voz y habló de "*la alegría del encuentro con esos ojos -ya adultos- y la emoción de ver cómo lo que sembramos florece...*"¹⁵

La enseñanza de un maestro puede ser valorada como trabajo de la transmisión en una mirada retrospectiva. Qué hace de alguien un maestro para otro, no es algo que se pueda planificar ni anticipar. Escapa a la prescripción y se sustrae del poder o la intención. Siempre juega algo del misterio, algo inexplicable "tiene un modo de decir, un no sé qué, que hace que lo siga".

Sin embargo, ser maestro es también situarse en ese gesto de generosidad que hace al otro discípulo. En un trabajo maravilloso sobre los avatares de esta relación (un artículo de Sandra Carli, que

¹³ Larrosa, Jorge. Pedagogía Profana. CEP-FHE/Edic. Novedades Educativas. Buenos Aires, 2000.

¹⁴ El poder de la *sustracción* en tanto corte y frontera al deseo mortífero del que aprende de tornar incuestionable la palabra del otro, de no poder aprender desde la duda, la falta de garantías de la palabra del otro. "Un maestro que se retira, una madre que desvía la mirada ama de un modo diferente del que va al encuentro" (Barbagelata, 2006, op. Cit.)

¹⁵Registros de capacitación Rondas de lectura Cinemaestro 2006. Diamante. Entre Ríos.

ella, generosamente me envió) refiriéndose a su maestro Spilimbergo, dice el pintor Carlos Alonso: “Yo no lo elegí a Spilimbergo, Spilimbergo me eligió a mí” (La Nación, 5/nov/1967).¹⁶

Por un largo tiempo me demoré en esta frase, preguntándome quién elige a quién ¿Es el discípulo el que inventa al maestro? Es el alumno quien *nombra y reconoce a su maestro*. Pero lo hace retrospectivamente, es decir que antes hubo un gesto, un ofrecimiento. Una enseñanza que dejó su seña.

Porque se ofrece a otro no sólo un saber, sino la posibilidad de sentirse capturado en la propia inquietud de aprender de quién enseña. *Vale la pena* entonces enseñar-mostrar nuestra relación al saber/no saber, ese deseo de conocer y dar a conocer el mundo.

No sé si me recordará ...Porque vivir es estar rodeado por la muerte, y enseñar es arriesgarse a saltar ese vacío, tender puentes mas allá de los límites de la propia vida. Es por eso que vale la pena. De allí el deseo de durar, porque sabemos de la propia finitud. Enseñamos porque sabemos de olvidos y de muerte, para que lo que vive conmigo no muera conmigo y nada más que conmigo”(Debray,1997).

Desafíos y sorpresas...

Vale la pena ser maestros. Y pareciera que hay motivos. Las palabras que traigo dicen reiteradamente del *amor por los niños, entrega, vocación, deber, sacrificio, lucha*. También de *desafíos y sorpresas* en la tarea de enseñar.

Para Ana María “*ser maestro vale la pena, porque “es una profesión que nos sorprende cada día”*”; agrega Zulma: “*Cada día es un nuevo desafío; donde prima la pasión de ser maestro*”

Brillos de ausencia ...

Quisiera hacer un llamado de atención para pensar algo más. Compartir la pregunta por aquello que no aparece.

Y vale la pena pensar ¿por qué estas cuestiones brillan por su ausencia? Investigando, escuchando, leyendo lo que estos maestros cuentan acerca de por qué *vale* ser maestros... No encontré:

a-La inquietud por conocer, el amor por lo que se enseña. De eso, no se habla. O se habla muy poco. Esas inquietudes por conocer e investigar, los deseos de saber que habilitan de trabajo *entre* un maestro y sus alumnos. Lo aprendido y lo que nos mueve en la interrogación de lo sabido, el desafío al que un trabajo intelectual nos arroja... Nada de esto se menciona aquí. ¿Cuál es nuestro vínculo al saber y a lo desconocido? ¿Cómo nos relacionamos con lo que enseñamos?

b-El valor de la educación como política, como espacio de construcción colectiva. Si transmitir es, como dice el filósofo compartir lo sensible como una condición del mundo en común. Nadie sin embargo contestó *vale la pena* porque la educación construye otras sensibilidades y ficciones colectivas, porque permite imaginar y luchar por un mundo con justicia.

Si vale la pena ser maestro *por amor*, justamente, la política y el amor tienen bastante en común: las pasiones, los antagonismos, la ficción que sostiene la ilusión de ser uno con el otro.

Es que en condiciones de empobrecimiento, vulnerabilidad de la infancia, en el horizonte que lo urgente trae consigo, sin mística normalista, idea de progreso, misión, utopía, sin revolución, ni política; lo que aparece es la perplejidad, el desamparo.¹⁷ El puro

¹⁶ Citado por Carli (2004) Imágenes de una transmisión. Lino Spilimbergo / Carlos Alonso. Mimeo¹⁶

¹⁷ La mayoría relata algo del orden de la contención social: acompañando niños con problemas familiares, el cariño ante el desamparo de la infancia es a veces lavarles la ropa..., incluso algunos maestros rurales cuentan haberse quedado

voluntarismo cubriendo esa *falta de politicidad*. La acción despolitizada, individual, como amor o caridad.

¿Por qué la infancia reclama maestros?

“*Siempre que haya niños habrá docentes*”, me dijo una maestra. Interesante respuesta, pensé, y la anoté para compartir. Porque estas palabras nos invitan a pensar una inquietud: ¿Por qué la infancia reclama maestros?

Tal vez para mantener la pregunta por la educación como continuidad de lo humano en este mundo. Para no marchitarnos. «Porque está hecho por mortales, este mundo se marchita», entonces «hay que volver a ponerlo una y otra vez en su punto justo», como nos dice la filósofa, Hannah Arendt.¹⁸

Es que el nacimiento, la llegada de los nuevos, los niños, nos reclama en la doble tarea de preservación de *la vida* y perpetuación del *mundo*¹⁹. La posibilidad siempre abierta de un nuevo comienzo introduciendo la temporalidad en el mismo corazón de la enseñanza. Entre lo viejo y lo nuevo, entre pasado y futuro, o ese tiempo que ha sido y un tiempo que ya no será mío...

Aun cuando educar cobre valor en el presente. (y conviene no olvidarlo): Aquí, ahora. En cada clase. Con cada chico.

Porque toda vez que un maestro ofrece un viaje al país de los signos, invita al

alumno a representarse y hace posible el mundo en su ausencia. Es decir, ese acceso a los signos, los conocimientos, las letras, los relatos, los números, las fórmulas químicas, abre un espacio al pensamiento. Hace a girar la rueda de la vida. Entonces, una vez y otra vez..Cada vez, siempre. *Siempre que haya niños habrá maestros*.

Valiosos valientes.

Cuando decimos la *infancia reclama maestros*, decimos reclama *enseñanzas*. Reclama *adultos* que ofrezcan un saber. Una inquietud en la estela de sus preguntas y sus búsquedas... Un camino de tiempo...También **adultos que puedan responder**.

La infancia reclama *maestros con valor, valiosos, valientes, que estén ahí, y enseñen*. Maestros Jugados, que se las juegan ¿y cómo se las juega un maestro? Enseñando...

Pensemos. Cuántas historias conocemos que han sido construidas al calor de una apuesta, sobreviviendo el embate de múltiples pobreza... Reestableciendo un después para muchos chicos, que de no ser por la apuesta de la escuela, no tenían otra posibilidad que la urgencia sin mañana

¿Cuál es nuestro modo de estar ahí? ¿nos jugamos en el desafío de ser maestros? Más allá de toda esa prédica del amor, ¿ejercemos *-enseñando-* ese doble amor a los nuevos y al mundo?

Enseñar es ofrecer, es dar. Enseñar es mostrar. Un mundo nuevo se asoma si un maestro invita, llama, muestra... Si convoca a un movimiento que nos traslada desde lo familiar hacia un lugar desconocido. Si nos hace ver más lejos de lo que vemos...

Cuando uno **enseña está mostrando** un modo de pensarse a sí mismo y de pensar el mundo. Ese empuje vital que aventura a lo desconocido, lanzándonos a la conquista de lo infinito.

Enseñar es hacer señas, dar pistas, poner en camino invitando a extender

con algún niño en fines de semana o ante la muerte de uno sus padres.

¹⁸ Hannah Arendt. (1996) Entre pasado y futuro. Ocho ejercicios sobre educación y política. Península.

¹⁹ Arendt nos enseña así: “La educación tiene que ver con la natalidad, con el hecho de que constantemente nacen seres humanos en el mundo” – Por el nacimiento somos arrojados a la vida al tiempo que nos introducimos al mundo. Arendt dice que el niño es un *recién llegado* no sólo una criatura viva, y nos diferencia a los humanos de otros cachorros, que llegamos a la vida al tiempo que nos introducimos en el mundo (Arendt. 1996 op. cit).

los límites de la vida. La verdadera enseñanza, es consecuencia de una citación. “¿Por qué me llamas, qué quieres que haga?” (Steiner 2004). Un maestro contagia...*incita, infecta*; porque transmite esa chispa que enciende produciendo modificaciones en el alma de quien aprende

Enseñar es mostrar otros mundos, para que todos y cada uno a su tiempo estén en condiciones de decidir quiénes ser, de qué modo les gustaría ser. Uno puede elegir sólo si tuvo la oportunidad de conocer, de ver, de que alguien alguna vez, le mostrara una rica variedad de posibilidades.

¿Estamos siendo generosos en el ofrecimiento? ¿Damos un repertorio abundante? ¿Mostramos las pistas necesarias, las señas que invitan a un desplazamiento? ¿De qué modo estamos siendo maestros?

Sin penas ni glorias.

Es por que enseñamos que somos maestros.

Esto nos ubica de un modo especial en relación con la cultura, somos sus cuidadores y pasadores. También en una relación de responsabilidad hacia lo por venir.

Un maestro es un inventor de mundos, un guardián de lo imposible. Me gusta pensarlo, como aquel que puede habitar la pregunta por el futuro sabiendo que el movimiento de la vida desencadena lo inesperado y hace posible lo improbable. Ejercer como maestro nos ofrece esta posibilidad, la de habitar la pregunta por el futuro sosteniendo una ilusión. Esa misma ilusión que da consistencia al tiempo venidero o al amor, la que se construye gesto a gesto, *sin pedir garantías* cuando correspondemos una mirada, o extendemos la mano hacia otro.

Voy a compartir entonces, un puñado de palabras. *Antes del fin*. Relata el escritor argentino Ernesto Sábato: «Cuando alguna vez he vuelto a viajar en tren, soñé con encontrar a ese profesor de mi

secundaria, sentado en algún vagón, con el portafolios lleno de deberes corregidos, como esa vez ¡hace tanto! cuando íbamos juntos en un tren y yo le pregunté, apenado de ver cómo pasaba sus años en tareas menores, “¿Por qué, Don Pedro, pierde tiempo en esas cosas?” Y él con su amable sonrisa me respondió “Porque entre ellos puede haber un futuro escritor”.

Maestro es quien está cerca, atento a sostener la mano y a la vez, siempre mirando más lejos. Invitando a transitar la dificultad, incitando a traspasar las fronteras. Haciendo señas desde un sitio desconocido, al que *vale la pena* visitar.
¡Entonces, sí vale la pena!

Paraná lluvioso, marzo 2007.